



BILLY.
("ALGO ES ALGO")



Gustavo Sierra Fernández



«... y que en la muerte os persiga nuestro recuerdo»

¡¡¡Déjame en paz, hijo de puta!!!

Se despertó de súbito con este grito que no venía desde ninguna parte, salvo de su cabeza. No era invención de su subconsciente: era un recuerdo que le venía en forma de sueño desde hacía varias noches. Pero, ¿por qué se acordaba ahora? Le venía a la cabeza aquel chico, acorralado contra la esquina del calabozo, con la cara amoratada, escupiendo sangre, con los pantalones manchados de orina y llorando mientras él le miraba desde una altura incomprensible, mofándose de ese maricón llorica y meón; luego se agacharía a su lado, le tiraría la cabeza hacia atrás amarrándolo por el pelo y le susurraría todo su odio:

–Solo tú puedes pararlo. ¿Vas a hablar ya, maricona de mierda?

Pero no eran remordimientos: se sonreía recordándolo. La verdad es que disfrutó de su trabajo, disfrutaba rememorándolo y gozaba contando sus hazañas a sus conocidos, especialmente cuando el calor del alcohol calentaba sus corazones y la nieve enfriaba las cimas de sus narices. Le gustaba recordar las cosas que les hacía a esos niños, verles derrumbarse, llorar, gritar, maldecir... Doblegar su espíritu y su orgullo, y ver cómo de su insolencia y soberbia inicial pasaban a un estado de infantil catatonia. Chicos y chicas, le daba igual. *Maricón* a ellos, *puta* a ellas. Los obreros podían ser distintos: no parecían ser tan fáciles de doblegar, como si estuvieran hechos de otra pasta; a cada golpe recibido respondían con una mirada de fuego, en la que estaba la dignidad de miles de antepasados y coetáneos clamando venganza viva. Pero a Guillermo Niño Pérez, inspector de la Brigada de la Noche, le era indiferente: sabía, como le enseñó su mentor, que todo hombre tiene un punto de ruptura, un punto en el que la resistencia se resquebraja y cualquiera se viene abajo gimoteando y, entonces, puede cantar hasta el Ángelus. Y si no, la presión de la pistola en la sien hacía derrumbarse al más duro.

Él cumplía órdenes, y con mucho gusto. No era solo que pensara que protegía el orden del país, que éste no cayera en la barbarie del pasado, porque cada uno de esos estudiantes y obreros eran una amenaza al sistema. No: él disfrutaba con cada grito y cada llanto, y, a veces, aunque nunca lo confesara, se ponía cachondo.

Fue al baño a orinar. Las sacudidas finales mancharon levemente el pantalón de su pijama, pero, a pesar de un chasquido de lengua, no le dio mayor importancia. Se disponía a acostarse, pero su mujer se despertó.

–Guillermo... ¿Qué hora es?

–Pues... Las 6.

–Pues saca al perro, haz el favor.

Guillermo refunfuñó, pero tampoco le importaba demasiado: estaba acostumbrado a levantarse pronto. Fue a vestirse y se paró un momento a mirar por la ventana hacia la calle.

–Hijo de puta... ¡Ahí está otra vez!

–¿Quién?

–Ése.

En la acera, sin nada aparente que hacer, estaba un chico. Solo allí, parado, sin mirar a ninguna parte. Guillermo lo conocía poco: debía ser un estudiante que había alquilado el bajo hacía como cinco meses, y no le gustaba: taciturno, a penas hablaba ni saludaba. Y no eran las pocas veces que lo encontraba así, sin hacer nada en apariencia. A Guillermo le parecía que merodeaba.

Desconfía de todos esos que veas que parecen no estar haciendo nada, Niño, le decía su mentor, Calvoroto, Lo más seguro es que estén disimulando: una vieja táctica.

¡Cuánta razón tenía Calvoroto con todo! La historia que aquél contaba parecía de leyenda: militante de Falange desde el principio, el mismo día del Alzamiento se encaramó en su casa de Madrid con un fusil y se puso a disparar a los rojos; estuvo retenido en una checa, donde le sometieron a torturas, pero se escapó y se unió a las milicias falangistas del ejército de Mola. Por ahí corrían otras historias: que en realidad había sido un rojo, que lo detuvieron tras acabar la guerra y que, antes de que empezara el interrogatorio, cantó; entonces obtuvo un trato y delató a todos sus compañeros, que corrieron la suerte de la que él se había librado. Así, a pesar de su pasado, se convirtió en policía de la Brigada. El mote se lo pusieron los rojos cuando se pasó al enemigo, y lo adoptó casi con orgullo, ya que era de esos hombres que a los 20 años ya lucía una solemne calvicie. A Guillermo le daba igual cuál de las dos historias era cierta: solo recordaba con cariño cómo

le acogió bajo su ala y le enseñó todo lo que sabía. Le deslumbraba su conocimiento sobre la conducta humana: *En esta vida no hay lealtad, Niño: solo supervivencia. Nunca dudes de que venderán hasta a su madre si, con eso, consiguen salvar el puto cuello.*

Hubiera lealtad o no, la cuestión es que fue él quien lo propuso para ser inspector de la Brigada. ¡Calvoroto! El maestro de la vida y de la profesión. El más listo de todos. Ya lo había dicho: *Esto se viene abajo, muchachuelos*, y un día cogió las maletas y se fue. Se rumoreaba que se puso al servicio de un sanguinario dictador latinoamericano, o que vivía a todo trapo en el Caribe, rodeado de esplendorosas mujeres, gastándose su pensión o aquel *sobresueldo* que decía podía sacarse a cambio del silencio de alguno, o ambas cosas.

Que no te engañen, Niño: muchos de éstos que hoy nos dan medallas y nos halagan nuestra labor, mañana van a decir que no nos conocen. Viene un cambio que dividirá a los viejos luchadores en ganadores y perdedores, y te aseguro que nosotros no seremos ganadores. Nos abandonarán, Niño... Estos políticos hijos de la gran puta..., le susurraba en una entrega de medallas tras desarticular un comando terrorista, mientras el engolado ministro hablaba de la *grandeza de la patria*, del tesón de sus *enemigos sempiternos* y del valor de *nuestras fuerzas de seguridad*.

¡Qué razón tenías, cabrón!, pensaba a menudo. *Fraga, Arias, Suárez y su puta madre... ¡Menos mal que no estás aquí para ver cómo nos están pagando nuestros años de servicio!*, porque un día lluvioso, Guillermo Niño vio con tristeza el titular de la muerte de su amigo y mentor, y crispó los puños porque era un puto periódico de izquierdas el que trataba la noticia: cuánta mentira, cuánto odio por parte de unos niños de papá que no sabían ni la misa la media. Los años de lucha contra la subversión comunista, contra el terrorismo, contra la depravación de las costumbres... Solo los periódicos de los rojos y los sociatas: ni una reseña en los de derechas, en los de esos maricones cobardes que escondían las viejas banderas y se lavaban las manos de lo que sucedió. *¡Cuánto desagradecimiento en esta mierda de país!* Rojos, yonquis, maricones, putas y demás escoria aprendieron a temer los nombres de Ramón de la Dehesa “Calvoroto” y Guillermo Niño “El Pistolero”.

Guillermo era de los de antaño: un sheriff, un cruzado, un samurai..., no como los de ahora; y, aun así, reconocía no ser ni la mitad de los que le precedieron. Sabía que él nunca hubiera sido ni la sombra de Calvoroto.

–¡Míralo! ¿Qué tramará? Me dan unas ganas de hacer lo que hizo Queco...

–¡Calla, nene! No vayas a meterte en un lío, que no están las cosas como para...

–¡Que sí, mujer, que sí! Llegan a ser otros tiempos y a ese mierda me lo cepillo y no le doy explicaciones a nadie. ¡Hostia puta ya!

Dejó la rabia temblando en la ventana mientras se retiraba, casi a tiempo de ver cómo el joven levantaba la vista al oír algo sobre su cabeza. Guillermo se percató y volvió a asomarse: allí estaba ese cabrón, sonriendo, burlándose de él, como si supiera que no podía hacerle nada.

¡Mírame, puto viejo cabrón! Aquí me tienes. ¿Tienes huevos de venir a por mí?, resonaba en su cabeza.

¡Ni una oportunidad, Niño! No les des una puta oportunidad: que no te vacilen. A la mínima, pistola a la sien y “canta la Traviata ahora si te atreves, hijoputa”, de nuevo el recuerdo de Calvoroto... ¡Hijodeputa...! ¡Qué listo eras!

Guillermo se bajó a la calle, todavía envuelta en los últimos estertores de la noche, con el caniche de su mujer, Piqui. Al abrir la puerta el joven ya no estaba allí, pero no le importó: casi mejor, porque el día menos pensado...

¡En fin! Acabemos cuanto antes, y emprendió el paseo.

Puede que las calles olvidaran quién fue Guillermo Niño, pero él no: aún caminaba erguido, mirando desafiante de un lado a otro, como si fuera un pistolero del antiguo oeste americano, de esas novelas que le gustaba leer de pequeño: Búfalo Bill, Pat Garret, Billy The Kid, Wyatt Earp... Pistoleros, forajidos, sheriffs, cuatrerros, aventureros... Hombres de leyenda. Él quería ser todos a la vez, y quizás por eso se hizo policía, porque era la mejor forma de ser malo dentro de la legalidad. El bien y el mal se cruzaban bailando en su cerebro: quería ser el héroe de impoluto traje y brillante estrella que mantenía el orden y la ley contra bandidos e indios salvajes, pero también quería ser temido como los bandidos: que a su estruendosa llegada al pueblo todos,

hombre, niños y mujeres corrieran despavoridos a esconderse. Y Calvoroto le dio la pista que le guiaría durante su vida:

–Los curas dicen que está mal matar y hacer daño (Bueno, ahora: tendrías que haberles oído en mis tiempos mozos), y a lo mejor tienen razón. Pero tampoco puedes dejar que haya cierta gente campando por ahí, y tienes que recurrir a lo que tienes que recurrir. No sé si me explico, chaval... – Guillermo escuchaba con la boca abierta y expresión embobada–. Hacer el mal para conseguir el bien: en eso se resume lo nuestro, y deja que los curas se ocupen de nuestra alma. El medio es irrelevante.

Guillermo seguía considerándose el guardián de esas calles: eran suyas y tenía el derecho de imponer su ley. No tenía miedo de nadie ni de nada. En su recorrido adivinó dos sombras sentadas bajo un soportal; pasó a su lado y miró de soslayo, como escrutando intenciones: solo había dos jóvenes negros que hablaban animadamente y reían, embozados en las capuchas de sus sudaderas para protegerse del frío, y que, al sentir al extraño paseante observándoles con esa mirada de desprecio, se callaron en seguida. Uno de ellos, sin saber por qué, paralizado por un temor que no podía comprender, le miraba embobado, como esperando que dijera o hiciera algo: reconocía algo de un mundo olvidado; el otro también embobado, pero con una expresión distinta: algo parecía detenerle a la hora de ir hacia él y soltarle *¿Qué coño miras? Que no te vamos a atracar, gilipollas*. Pero no era eso lo que Guillermo pensaba: no los sentía como amenaza por ser negros y estar ahí tan temprano; sencillamente le daban asco. A Guillermo le daba asco casi todo el mundo, pero especialmente los extranjeros, y sobre todo los de color, los que no eran blancos: estaban jodiendo el país y los políticos cabrones lo permitían. Él todavía llegó a hacer sus *redadas* contra esa gentuza.

Siguió adelante pasando del tema: otros se ocuparán. Ya no eran aquellos tiempos de hacer limpieza desde los despachos, de encargarle a otros hacer el trabajo sucio... Claro está, nunca se podía saber su relación: los chivatazos, las filtraciones de informes, los encarguitos..., debían mantenerse en secreto para que no hubiera relación demostrable. Y eso que él era solo el eslabón de una cadena cuyo inicio se perdía en la cúspide. Sus reuniones en el descampado con ellos, para adiestrarlos en las pistolas, venían vívidas a su recuerdo de vez en cuando...

Fin del paseo. Guillermo enfilaba ya sus pasos a casa: aún tenía sueño. Al doblar la esquina vislumbra en la oscuridad una figura delgada. *¿Otra vez tú, maricón?!* El chaval fumaba despreocupado, echando el humo hacia un lado. Guillermo decidió pasar por su lado sin prestarle atención, abrió el portal y se dispuso a entrar.

–¡Buenos días, comisario Niño!

Una voz que recorrió su espalda junto a un escalofrío que le detuvo en seco. Decidió ignorar a aquel gilipollas.

¡Será...!

Guillermo subió a su casa, dejó a Piqui en su cesta, y decidió acostarse un rato más junto a su mujer. Lo cierto es que aun persistía aquel resfriado propio de los inicios del otoño, y le dolía la cabeza. Se durmió.

¡¡¡Déjame en paz, hijo de puta!!!

Títulos

«... y que en la muerte os persiga nuestro recuerdo»

Lluís Llach, “Campanades a morts”

«La ley una hora señala»

Maria del Mar Bonet, “Què volen aquesta gent?”

«Allí se dan la paz con las manos manchadas»

Juan de Loxa, “Es urgente”
(interpretado por Aguaviva)

«Fuerte p’a ser su señor y tierno para el amor»

Joan Manuel Serrat, “Pueblo blanco”

«Quien pierde los orígenes pierde identidad»

Raimon, “Jo vinc d’un silenci”

«El ojo del policía»

Adolfo Celdrán, “Canción de vísperas”

«Murió de una llamada al romper el alba»

Maria del Mar Bonet, “Què volen aquesta gent?”

«La policía está al servicio de los ciudadanos»

Pi de la Serra, “Cançó en i”

«No vayas a coger alguna bala en los pulmones»

Jesús López Pacheco,
“Enfermedades de invierno”
(interpretado por Luis Pastor)

«¡Ay, pobre doña María...!»

Nicolás Guillén, “Doña María”
(interpretado por Adolfo Celdrán)

«Esa falsa humanidad de los que se dicen buenos»

Barón Rojo, “Los rockeros van al infierno”

«Rondando anduvo mi casa»

Nicolás Guillén, “Doña María”
(interpretado por Adolfo Celdrán)

«... pero algo es algo»

Mario Benedetti, “Refranívocos”

«Ya estamos aquí, diviértenos»

Nirvana, “Smells like teen spirits”

«Otro gallo cantaría»

Chicho Sánchez Ferlosio, “Los dos gallos”

«Todo se ha vuelto de color gris»

Pi de la Serra, “La meva estrella”

«... y, sobre la pista, el enano equilibrista»

Adolfo Celdrán, “Canción de vísperas”

«No le atarás el alma»

Miguel Hernández, “Las cárceles”
(interpretado por Elisa Serna)

**«No puede haber otro juego tan
cruel como el billar»**

Carlos Álvarez, “Parábola sobre el
billar” (interpretado por Luis Pastor)

«Su dignidad y su vergüenza»

Marisol, “Galería de perpetuas”

«Demasiado oscuro para ver»

Bob Dylan, “Knockin’ on Heaven’s
Doors”

«... me es pequeño y exterior»

Miguel Hernández, “Antes del odio”
(interpretado por Adolfo Celdrán)

«No saldrá del agujero»

Luis Pastor, “Están cambiando los
tiempos”